

# *La poesía de Harold Alvarado Tenorio: Notas de situación*

En el último fragmento de la serie *A través del vidrio*, Harold Alvarado Tenorio (Buga, Colombia, 1945) escribe lo siguiente:

En un principio innecesario hablas de tí.  
Vena de la lengua que no para  
Miseria del ombligo que no cesa el ritmo de la vida,  
Corazón, bellota del seso,  
Hablas de tí,  
Ya que no eres.

Creo yo que estos pocos versos encierran, desde la perspectiva actual del escritor, una reflexión sobre toda su poesía y una definición bastante acertada de su actitud ante el poema. Valdría la pena, pues, comenzar estas notas de situación comentando un poco el citado fragmento. Obsérvese cómo el escritor se revuelve contra sí mismo y establece un implícito diálogo con su imagen a cuenta de la vanidad que supone utilizarse como tema de su propia poesía; una vanidad que se localiza, además, en la lengua, el ombligo y el corazón, con lo cual —en muy justa síntesis poética— nos remite a la sensualidad de la palabra utilizada, a la arrogancia de una suerte de retórica (y la identidad «vena»/«lengua» determina esa fluente vitalidad de la palabra); a la condición visceral del poema, a sus raíces hincadas en la más cruda y directa experiencia (aquí «miseria» y el nexo original con la vida —el «ombligo»— perfilan esa desgarrada recuperación); y —en definitiva— al rigor impuesto por la reflexión que, sin embargo, no se desprende de la cálida sentimentalidad que le ofrece el corazón (la imagen es acertadísima al incluir el fruto que es el corazón en la baya del «seso»). Y es justamente en este momento cuando el poeta introdu-

ce los dos versos conclusivos, producto de la meditación anterior. ¿Qué sucede entonces? Que, al reconocerse en todo ello, comprende que la poesía ha sido sólo un sucedáneo, un simulacro a través del cual le ha sido posible alcanzar la ilusión de ser. El poema es —me parece— ejemplar; y no sólo por el carácter definitorio y reflexivo ya apuntado, sino también como poema mismo, como síntesis muy atinada de una transfiguración poética cuya voluntad original y cuya trágica evidencia final quedan al descubierto.

He hablado ya de definición y reflexión; he aludido también a un simulacro ilusorio de existencia. Pues bien, en esos tres elementos se apoya la poesía de Harold Alvarado Tenorio. En principio se trata de una poesía testimonial, una poesía de la experiencia; a través de ella nos es dado asomarnos, sin obstáculo alguno, a la azarosa existencia (en el tiempo y en el espacio) del propio escritor. Y ello nos hará sospechar que se trata de una poesía de circunstancias, de una poesía narrativa; poesía que se deja arrastrar por la fuerza de la anécdota y por la concreción de una serie de encuentros más o menos dolorosos. Pero, poco a poco, nos tropezamos con esa voluntad de alejamiento, de distancia, que el poeta adopta para poder analizar de forma desapasionada, con cierta frialdad también, lo que en su origen había sido producto de un contacto apasionado y sensual. En resumen: que el testimonio ofrecido por la poesía de Harold Alvarado Tenorio es un testimonio pasado por el filtro de la palabra poética: el testimonio se ha hecho palabra y por eso habita entre nosotros. El escritor ha declarado en cierta ocasión: «me sirvo de ella (habla de la literatura) para expresar mis remordimientos y mis goces. Lo que hago un poco es ocultar lo evidente. En mis poemas, todo o casi todo, ha sido vivido, lo que pasa es que recorro al alejamiento para darle dos vueltas al cuello del cisne» (el subrayado es mío). En efecto: el remordimiento o el goce perduran en el poema de modo que se vuelvan a originar en él a cada nueva lectura; de modo que sean perdurables en la medida en que el poeta pueda lograr que lo sean. Perdurar es ingeniárselas para que la luminosa memoria no se diluya en el vacío; perdurar como sinónimo de meditación trascendida que logra reconvertir esa memoria y —dándole dos vueltas al cuello del cisne— hacerla prestigiosa, mítica, por muy dolorosa o sórdida que haya sido.

Definición y reflexión, pues; pero también simulacro ilusorio. Lo que no significa máscara, ni ocultamiento, sino todo lo contrario: el único alumbramiento de la verdad que le es dado al hombre: la poesía. Me apresuro a señalar que el testimonio en la obra de Harold Alvarado Tenorio se materializa a través de una recuperación (de un reencuentro, mejor) de esos lugares por donde han ido quedando, por donde han ido extinguiéndose, el goce y los remordimientos. El poema se convierte así en lugar de encuentro solidario; pues allí, la ex-

tinción dolorosa de la existencia que, en principio, es la del individuo que habla, pronto puede reconocerse como común a todos. Y los poemas de Alvarado Tenorio nos alumbran de modo ilusorio esa verdad, precisamente porque el lenguaje no se instala en la seguridad de la retórica literaria (aunque en algunos países así suceda; y podemos ver como ésa es la lucha mantenida por el escritor a lo largo de toda su obra), sino que manifiesta su condición incierta, interrogante, que hace de los posibles descubrimientos verdaderas perplejidades, sorpresas que sólo pueden ser aprehendidas en el instante de ser dichas y que se extinguen de forma inmediata acentuando la desilusión original, haciendo más trágica esa intención recuperadora llevada a cabo por el poeta.

Que los poemas de Harold Alvarado Tenorio, en su mayoría, nos evoquen una poesía anacreóntica, exaltadora del placer y la vida, es algo sólo aparential: bajo esa brillante sensualidad, siempre late el maduro escepticismo que ha ido dejando el paso del tiempo, esa distancia a que antes me refería, esa incertidumbre del lenguaje. Y la sensación de pérdida, de soledad, de desvalimiento, la evidencia de «ya no ser» porque aquello que era la vida se esfumó de buenas a primeras, nos invade de forma absoluta y definitiva. Que los términos «invierno» o «vacío» (adoptando diversas apariencias, desde luego) sean recurrentes en todos estos poemas nos confirma lo que venimos diciendo. Se trata de una obra que nace del sabor amargo del final (y por eso nos remite constantemente a Cavafis o a Cernuda), del convencimiento de que una experiencia así configura una determinada moral que no debe encastillarse en la resignación, sino en la valentía del conocimiento, aunque éste sea muy doloroso (por eso, la segunda persona hacia la que siempre se dirige el poeta —él mismo, o el lector que la asume sin esfuerzo— se convierte en nexo solidario de la palabra). El entusiasmo de Harold Alvarado Tenorio por la poesía oriental (china o japonesa) viene precisamente —y así lo confirman los poemas breves de *Pensamientos de un hombre llegado al invierno*, por ejemplo— de la necesidad de atemperar la pasión de la existencia con la serenidad conceptual capaz de inaugurar otra imagen, fiado únicamente al ritmo del propio poema o al impuesto por la vitalidad de la creación misma. La palabra de Alvarado Tenorio se somete siempre a la fluencia conceptual o sentimental y el poema, por ello, se abre y acoge imágenes que se integran en él sucesivamente, sin que por ello derive en confusión o desmayo alguno.

La poesía de Harold Alvarado Tenorio<sup>1</sup>, al menos hasta este mo-

<sup>1</sup> Ha publicado *Pensamientos de un hombre llegado el invierno* (1972); *Poemas* (1973); *En el valle del mundo* (1977); *Cinco poemas* (1979); *Etcétera* (1979) y *La poesía española contemporánea* (1980). Su último libro de poemas *Recuerda cuerpo* permanece inédito.

mento, ha tenido la virtud de desoir todos los cantos de sirena que han podido salirle al paso y ha ido construyendo su propio camino, a medida que avanzaba, con una cada vez más definida personalidad. Ello nos obliga a aguardar con verdadero interés la evolución inmediata de esta obra que nos ha deparado la satisfacción de conocer a uno de los más sugestivos escritores de la poesía hispanoamericana más reciente.

Jorge RODRÍGUEZ PADRÓN  
Instituto «Vicente Blasco Ibáñez»  
Cullera (Valencia)  
(España)